

**Discurso del señor presidente de la
República de Colombia, S. E.
doctor Ernesto Samper Pizano, en
la celebración de los 50 años de la
ONU**

Nueva York, 24 de octubre de 1995

La celebración de los primeros 50 años de la Organización es una excelente oportunidad para mirar al pasado y para planear el futuro.

La revisión de nuestra historia deja lecciones que no podemos desconocer. El multilateralismo auténtico, es decir, las decisiones basadas en el sentimiento de las mayorías, le han permitido a la humanidad librarse de algunos de sus peores problemas como el colonialismo, el apartheid y la carrera nuclear.

La semana pasada, en Cartagena de Indias, el Movimiento de los Países No Alineados celebró su XI reunión en la Cumbre y Colombia asumió la Presidencia para un período de tres años.

Los Países No Alineados ratificaron en Cartagena la vigencia del movimiento y su voluntad de trabajar activamente en beneficio de los intereses de los países del Sur.

La relevancia de nuestra acción está vinculada a su capacidad de responder a los interrogantes de la política internacional de los años noventa y de prepararnos para enfrentar con éxito los desafíos del siglo XXI.

La Guerra Fría, es cierto, lo sabemos todos, se acabó, pero no se acabó la pobreza en el mundo, ni terminaron los problemas ambientales que están convirtiendo en un desierto el planeta. Tampoco terminó el apetito armamentista que todavía circula por el mundo como un fantasma.

Las viejas barreras ideológicas han sido sustituidas por nuevas barreras.

Barreras comerciales del neoproteccionismo que limitan el acceso de nuestros productos a los mercados industrializados.

Barreras tecnológicas que nos aíslan del conocimiento necesario para desarrollarnos.

Barreras étnicas y religiosas a nombre de las cuales algunos se siguen matando.

En Cartagena ratificamos nuestra voluntad de seguir luchando contra esas nuevas barreras que se oponen hoy a nuestro desarrollo, como ayer lo hicieron los infranqueables muros que dividían dos sistemas políticos aparentemente irreconciliables.

Los problemas que afectan a nuestra gente cada vez más tienen una naturaleza transnacional y este hecho, en lugar de llevarnos a aceptar una nueva era de intervención, debe enfrentarse con una sólida voluntad de cooperación.

El gran desafío nace de entender que los problemas que nos están uniendo marchan a un ritmo muy superior a las soluciones que ya deberíamos haber acordado para conjurarlos.

La solidaridad internacional no solamente es La mejor respuesta: es la única respuesta.

Nos necesitamos unos a otros porque las soluciones a los problemas del mundo sólo pueden lograrse mediante acciones conjuntas.

Una de estas acciones conjuntas es la que requerimos para conjurar el problema del narcotráfico.

Colombia ha sido la peor víctima del narcotráfico y el país que lo ha combatido con más éxito.

El año de 1995 pasará a la historia como el período de mayores aciertos contra los carteles de la droga.

El Cartel de Cali ha sido sometido a la justicia y la erradicación de cultivos ha llegado a niveles sin precedentes.

Propinamos un golpe de gracia al 80% del mercado de la cocaína que se está reflejando en una caída de los precios de la pasta de la coca superior a diez veces y un aumento significativo de los precios del consumo.

El que estos logros permitan o no avanzar en esta lucha depende de la responsabilidad que asuman los países del mundo.

No podemos seguir en un juicio interminable de responsabilidades, cada quien disculpando su propia culpa con la culpa del vecino.

Tenemos que entender que un negocio que mueve más de US\$500.000 millones por año no puede ser combatido, solitariamente, por un solo país o grupo de países.

La responsabilidad es de todos. El momento es ahora o nunca.

Tenía razón, en un discurso del día domingo, el presidente Bill Clinton, cuando destacó que los golpes que hemos dado a los narcotraficantes han sido el fruto del trabajo conjunto.

Lo asiste igualmente la razón cuando plantea la necesidad de encarar sin timidez el problema del consumo y su relación con el aumento de la criminalidad social.

Colombia acompaña al presidente Clinton en su declaratoria de guerra al lavado de los activos y dineros producidos por el mercado de las drogas.

Colombia está convencida de que el éxito de estas acciones depende de que ellas puedan concretarse multilateralmente, y no solamente en Colombia.

El delito de lavado, como delito típicamente internacional, involucra actores y conductas que deben ser perseguidos y castigados en todos los países donde se presenten.

Que se castiguen los sistemas financieros de todas las partes del mundo que por acción o por omisión permitan la contaminación de sus cuentas con utilidades provenientes del tráfico de drogas.

Que se sancionen las fábricas de todas las partes del mundo que a sabiendas vendan químicos utilizados como precursores para el procesamiento industrial de la droga.

Que se penalice a las compañías de todas las partes del mundo que faciliten la adquisición de bienes durables o no durables, o que promuevan el contrabando de bienes hacia los países productores para facilitar el lavado de dólares y esconder estas utilidades malditas. Y a las empresas de finca raíz que tengan el mismo censurable propósito.

Que se examine la acción de las casas de juego, de los casinos y loterías de todas las partes del mundo a través de los cuales se está produciendo el censurable maridaje entre el juego y la droga.

Para derrotar al narcotráfico y disminuir sus temibles dimensiones corruptoras, desestabiliza-

doras, y generadoras de violencia, tenemos que entender que las únicas leyes que respeta la mafia de la droga son las leyes del mercado según las cuales existe una oferta y una demanda que operan simultáneamente.

Y sobre las cuales también debe actuarse de manera simultánea.

Mi país, que ha pagado tantos costos humanos y económicos en esta lucha muchas veces solitaria, ha venido solicitando la convocatoria de un encuentro mundial contra la droga que concite la voluntad inequívoca de países productores, consumidores y distribuidores en el firme propósito de atacar integralmente este flagelo.

Hace casi diez años firmamos la Convención de Viena contra los Estupefacientes con la esperanza de que sirviera como instrumento para llevar a cabo una estrategia de esa naturaleza.

Fue un gran avance, sin duda, pero no podemos declararnos satisfechos: el narcotráfico y el consumo de estupefacientes se ha extendido cada vez a más países, envenenando más jóvenes.

Colombia sentiría honrada la memoria de los miles de personas que ha dejado en nuestro país esta larga y cruenta guerra si el mundo aceptara hacer una reflexión sincera y precisa sobre la necesidad de una efectiva cooperación internacional para superar el más importante problema de finales de siglo: el problema de la droga.

Señor presidente:

La creación de las Naciones Unidas hace 50 años sembró semillas de esperanza en toda la humanidad. Esperanzas de paz y de progreso. Fe en los mecanismos pacíficos para la solución de controversias y credibilidad en el multilateralismo para enfrentar los asuntos más angustiosos para la humanidad.

Hoy tenemos que volver a pensar en lo que somos si queremos saber que queremos llegar a ser. La Biblia nos enseña que un pueblo sin visión no prevalece. La tarea del nuevo sistema de Naciones Unidas deber ser la de recuperar esa visión para que podamos seguir prevaleciendo como civilización, como democracia, como hombres con alma.

Muchas gracias.